

El gran viraje del PCE: del aislamiento al antifascismo y el Frente Popular

FRANCISCO ERICE

Profesor de Historia Contemporánea, Universidad de Oviedo



Contra la «república burguesa»

El PCE nace en 1920-1921, pero los años de la República suponen prácticamente su refundación. De hecho, el nuevo partido vivió su primera etapa como una ocasión frustrada para construir una organización de masas sólida e implantada. La posterior represión de la dictadura de Primo de Rivera lo fue dejando reducido a su mínima expresión, con alrededor de un millar de militantes y en un estado organizativo extremadamente precario. Además de las dificultades objetivas, esta situación estaba determinada por la incapacidad y el sectarismo de su dirección, encabezada desde 1925 por José Bullejos. A ello se sumaba la influencia de una Internacional Comunista (IC) que, desde 1928, se embarcaba en la política ultraizquierdista de «clase contra clase», abandonando los últimos vestigios de la táctica de «frente único» obrero defendida por Lenin desde 1921, que ya había encontrado fuertes resistencias, entre otros, en el Partido español. Según el planteamiento posterior al VI Congreso de la Internacional Comunista, cualquier tipo de acuerdo con los socialistas (tal como proponía la política de «frente único») se veía imposibilitado por el hecho de que la socialdemocracia constituía el «ala izquierda del fascismo» (teoría del «socialfascismo»). En cambio, se preconizaba el «frente único por la base», que obviaba cualquier contacto con las cúpulas de las demás organizaciones obreras, abogando por atraerse a los trabajadores socialistas o anarquistas, pero bajo la dirección del PCE.¹

¹ Sobre los orígenes y primeros años del PCE, véase F. ERICE (2017); J. ESTRUCH (1978); A. ELORZA y M. BIZCARRONDO (1999), pp. 19-78; M. TUÑÓN DE LARA (2004a). Un buen análisis de estas políticas del IC y de los desastres y derrotas que acarrió, en M. HÁJEK (1984), pp. 171-255; también, más brevemente, en J. L. MARTÍN RAMOS (2017).



Esta política suponía, pues, el más absoluto rechazo a cualquier acuerdo con otras fuerzas obreras, y por supuesto republicanas, en el sobresaltado contexto de 1930-31, acompañándolo con una conceptualización distorsionada, a menudo delirante, de los cambios en curso, entendidos como la apertura de una revolución democrático-burguesa que debía realizarse bajo la dirección del proletariado (es decir, del PCE) mediante la creación de soviets y con la formación de un gobierno obrero-campesino para abrir paso, sin solución de continuidad, a la revolución socialista. Estos planteamientos, más o menos confusamente expresados, aparecen en las primeras reacciones frente al nuevo régimen y se mantienen intactos un año más tarde, cuando las tesis organizativas del IV Congreso seguían presentando al Gobierno republicano-socialista como principal garante de la contrarrevolución, secundado por el apoyo del Estado y también por «organizaciones como las de los social-fascistas y reformistas de la UGT y de los anarco-reformistas de la CNT, cuya misión principal consiste en engañar e ilusionar a las masas, dejándolas pasivamente bajo el yugo de los capitalistas y latifundistas».² Más allá de las explicables críticas al Gobierno por la timidez de sus reformas o por la dureza de su política represiva en los conflictos obreros, la actitud del PCE partía, pues, de un supuesto análisis objetivo de clase reducido a un estereotipo vacío, con una visión fuertemente distorsionada de la realidad del país.

Para complicar aún más las cosas, el PCE sufría los efectos del constante enfrentamiento entre la dirección nacional y los delegados de la Internacional Comunista. La IC, pese a sus análisis disparatados sobre España y a su creciente autoritarismo en relación con los distintos partidos comunistas nacionales, era consciente de la inoperancia de una dirección española capaz de exhibirse el 14 de abril en las calles madrileñas con vivas a los soviets y gritos contra la «república burguesa» ante una multitud entre sorprendida e indignada que celebraba alborozada el nuevo régimen.

En definitiva, el PCE vivió el primer año republicano remando contra corriente y sin brújula, con un discurso ultraizquierdista y una política errática, en medio de una crisis de dirección que no parecía tener fin. La Komintern, ignorando sus propias responsabilidades, criticaba reiteradamente al grupo de Bullejos al menos en dos sentidos, aunque sin cuestionar abiertamente su continuidad por falta de alternativa clara. En primer lugar, rechazaba su interpretación «izquierdista» de la revolución en marcha, olvidando en la práctica que se trataba de una «revolución democrática» y no proletaria, eludiendo, por ejemplo, la importancia de los «residuos feudales» y la cuestión agraria. En segundo lugar, censuraba el desastre orgánico y la falta de iniciativa del PCE, que

² Las *Tesis de Organización del IV Congreso*, impresas, pueden consultarse en el Archivo Histórico del PCE, Documentos, carpeta 13.

adoptaba una posición subalterna y no dirigente con respecto a otras fuerzas obreras o pequeñoburguesas, caracterizadas —también por la Komintern— como contrarrevolucionarias.³

Desde luego, exigir a un pequeño partido —casi un grupúsculo— como el PCE que ejerciera un papel dirigente en estos momentos de vasta movilización social era pedir peras al olmo. Pero es cierto que la explosión de las expectativas con la llegada del nuevo régimen y el desencanto con las políticas del Gobierno reformador permitieron un rápido desarrollo del partido, que en un año pasaría a contar con unos 15.000 afiliados, más algunos miles más de jóvenes comunistas organizados y una pequeña base sindical. Este crecimiento numérico y de influencia era muy desigual, especialmente amplio en Andalucía. Precisamente por ello el IV Congreso (marzo de 1932) se celebró en Sevilla.

El Congreso marcó una línea de continuidad con la política anterior y colocó en primer plano la crítica al funcionamiento orgánico impulsada por los delegados de la IC, pero mantuvo en sus cargos al equipo de Bullejos, aunque ensanchando la dirección con nuevas incorporaciones. El relevo parcial de la cúpula se desencadenaría meses más tarde, en el verano-otoño de 1932, cuando la ofensiva del delegado de la Internacional Victorio Codovilla en los órganos máximos de dirección, secundado por algunos dirigentes españoles, llevara a la destitución y expulsión del partido, pronto confirmadas por la IC, de Bullejos y sus principales colaboradores: Gabriel León Trilla, Etelevino Vega y Manuel Adame. El combativo obrero sevillano José Díaz Ramos, entonces en la cárcel, sería elegido para sucederle.

La expulsión, ciertamente, venía a eliminar dos cuellos de botella que obstaculizaban el desarrollo del partido: los conflictos con la IC y las propias deficiencias de la dirección anterior. En ese sentido —y solo en ese— puede ser entendida como el principio del giro que llevaría al partido a su despegue y maduración. Por lo demás, la vieja política se mantuvo incólume. De hecho, una de las acusaciones utilizadas contra Bullejos, que venía a remachar las críticas anteriores, era su debilidad con el Gobierno al invocar, frente al intento de golpe de Sanjurjo, el 10 agosto de 1932, la «defensa de la república». Lo cierto es que no hacía falta ser un lince político para constatar algo que, a despecho de su adhesión a los análisis entonces vigentes en el partido y en el límite de la esquizofrenia, llegó a deslizar el propio Bullejos: «Pero a Azaña no le quieren los burgueses, los terratenientes».

³ A. ELORZA y M. BIZCARRONDO (1999), pp. 141-161.



La emergencia del fascismo como problema

Los análisis y propuestas del PCE solo empiezan a cambiar, muy lentamente, a partir de 1933, por factores nacionales e internacionales. En el ámbito nacional, la progresiva implantación del partido lo iba volviendo algo más sensible a los problemas prácticos y menos sujeto a los clichés doctrinarios, a la vez que los avances y el triunfo electoral de la derecha (la verdadera representante del bloque dominante) y la radicalización socialista cambiaban sustancialmente el panorama. En el ámbito internacional, el duro revés de la caída de Alemania bajo la dictadura nazi a partir de enero de 1933 y la implantación del régimen autoritario del canciller Dollfuss en Austria un año después comenzaron a resquebrajar, por la vía de los hechos, las pesadas certezas de la línea de «clase contra clase» y el «socialfascismo».

La victoria de Hitler demostró, en palabras de Hájek, «la insensatez de la política desarrollada por los dos partidos obreros», pues ambos contribuyeron a ella con su desunión. Pero los amagos de acercamiento entre las dos internacionales rindieron escasos resultados: ni los comunistas aceptaban un contacto directo entre las cúpulas que pudiera dar lugar a acuerdos globales ni los socialistas admitieron relaciones directas solo a nivel nacional o contactos que llevaran a la unidad «por la base». La ejecutiva de la IC, en su pleno de noviembre-diciembre de 1933, reafirmaba nuevamente su política de «clase contra clase».

En España, los primeros llamamientos «unitarios» del PCE tras el ascenso de Hitler, en febrero y marzo de 1933, seguían esgrimiendo la consigna del «frente único por la base», calificando a los dirigentes socialistas y anarquistas como traidores a la clase obrera y contrarrevolucionarios. Por su parte los socialistas, poco dados a políticas de unidad, en medio de su proceso de radicalización, optaron por apoyar las Alianzas Obreras, idea de los comunistas disidentes del Bloque Obrero y Campesino (BOC), pero solo lo hicieron donde los partidos obreros marxistas eran débiles (en Cataluña) o donde la propuesta condujo a un insólito pacto revolucionario intersindical con CNT (en Asturias).⁴

Es cierto que, para el PCE, el caso alemán colocaba el peligro del fascismo en primer plano, pero no suponía acabar con las confusiones en la identificación del mismo (¿dónde radicaba el peligro fascista español?), ni con la incapacidad para extender su política unitaria a las principales organizaciones obreras. Los protagonistas del mitin antifascista del 19 de marzo y de la creación (el 1 de abril) del primer Frente Antifascista eran, además del propio PCE, José Antonio Balbontín y César Falcón, dirigentes respectivos del Partido

⁴ J. L. MARTÍN RAMOS (2015), pp. 13-33; M. HÁJEK (1984), pp. 256-266; M. BIZCARRONDO (2004), pp. 218-226.



Social Revolucionario (PRS) y de Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista (IRYA), pequeños grupos de impronta básicamente intelectual, pronto absorbidos por el propio PCE. El Comité Nacional de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, trasunto en España de la organización internacional del mismo nombre, no dejaba de ser uno más de los colectivos integrados en la «constelación» de estructuras oficiosas del partido, por más que atrajera también a algunas mujeres socialistas o republicanas al margen de sus respectivos partidos. Lo mismo puede decirse de la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios, la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y otras. Se trataba de estructuras más o menos operativas para proyectar una cierta influencia social del PCE, pero no aptas para sustentar acuerdos unitarios amplios.⁵ Las ocasionales confluencias en la calle, en la movilización social, o la candidatura «frentepopulista» en Málaga en la segunda vuelta de las elecciones de noviembre-diciembre de 1933, que llevaron al médico comunista Cayetano Bolívar al parlamento, eran episodios particulares no generalizables.

La situación realmente empieza a modificarse en 1934, con los primeros efectos de las políticas de la derecha en el Gobierno y la radicalización del PSOE en lo interior, y, sobre todo, con las mutaciones en el movimiento comunista internacional iniciadas en Francia.⁶ Los cambios, que van a hundir definitivamente las tesis del «frente único por la base», no proceden de iniciativa soviética, ni siquiera de la IC, sino del Partido Comunista Francés, afortunadamente acogidos y avalados por Dimitrov, recientemente incorporado tras su salida de Alemania a la cabeza de la Komintern, y admitidos —dicho sea de paso— sin especial entusiasmo por Stalin, en la medida en que no desentonaban —o incluso encajaban bien— en las necesidades de la política exterior soviética y su acercamiento a Francia. Los sucesos de Austria, con el aplastamiento por el canciller Dollfuss de la resistencia obrera frente a la implantación de su dictadura, acabaron por decantar la respuesta comunista hacia nuevas formas de unidad obrera y popular. La confluencia de comunistas y socialistas franceses en la huelga general y las manifestaciones del 12 de febrero de 1934, en respuesta al intento de grupos fascistas de asalto al Gobierno, fueron el preludeo del pacto de unidad de acción entre ambas fuerzas en el mes de julio y de las primeras propuestas del secretario del PCE, Maurice Thorez, en octubre, de un *rassemblement* ('reagrupamiento') popular que fuera más allá de los

⁵ R. CRUZ (1984), pp. 299-301. Relación del PCE con los intelectuales entre 1932 y 1935, en M. GÓMEZ (2005), pp. 142-192. Recuerdos sobre orígenes de Mujeres contra la Guerra y el Fascismo, antecedente o germen de la Asociación de Mujeres Antifascistas, en I. FALCÓN (1996), pp. 96-102.

⁶ Según Balbontín, que abandonaría el PCE por las reticencias de este en su acercamiento a los socialistas, la mayoría de los dirigentes comunistas españoles eran partidarios de seguir el ejemplo de Málaga, pero estaban atados por las resoluciones políticas de la IC que lo impedían.



partidos obreros. Estas iniciativas chocaban con fuertes oposiciones en la IC, donde muchos no dudaban en considerarlas «oportunisto de derechas». La labor de Dimitrov, preparando las tesis del VII Congreso que tendría lugar en el verano de 1935, dio el definitivo espaldarazo a la apertura francesa.

En España, la radicalización del PSOE, sobre todo tras el triunfo electoral de la derecha, junto con el aumento de la movilización social, abrían nuevas perspectivas unitarias, que se materializaban en confluencias en la calle, por ejemplo, en protestas contra concentraciones de la CEDA o su sección juvenil (las JAP). En cambio, los intentos de avanzar en procesos de convergencia más amplios y sistemáticos, partiendo del modelo francés, chocaban con la férrea oposición socialista, que defendía su plena independencia de acción o se limitaba a las alianzas obreras como ámbito de eventual aproximación.

Todavía entreveradas con duras críticas a los socialistas, el PCE enviaba a la dirección del PSOE, en julio de 1934, propuestas de unidad frente al peligro fascista, materializables en mítines y manifestaciones conjuntas, y centradas, entre otras, en reivindicaciones como la liberación de presos revolucionarios, las libertades, la disolución de las bandas fascistas, «la tierra para el que la trabaja», la semana de 44 horas o el apoyo al pueblo catalán «contra el imperialismo español». Invocando el ejemplo francés, los comunistas españoles proponían incluso una tregua en las críticas mutuas para favorecer la unidad de acción. Dado que desde el PSOE se les remitía a las alianzas obreras, la réplica del PCE insistía en el carácter insuficiente de estas, limitadas a los socialistas y a «unos grupitos diminutos renegados del comunismo», sin presencia de campesinos y —a juicio de los comunistas— con el «manifiesto propósito de escindir el movimiento antifascista».⁷

Finalmente, el 11 de septiembre, un pleno del Comité Central extraordinario del PCE aprobaba el ingreso en las alianzas, alegando la urgencia de un momento en el que —según el informe de José Díaz— «las fuerzas de la revolución y de la contrarrevolución están frente a frente», y que «a la ofensiva amenazante de la reacción clerical-monárquico-fascista» se trataba de oponer «el poder de los obreros y campesinos». Pese a todo, se criticaban las insuficiencias de las alianzas, se defendía la unidad sindical y se enfatizaba el necesario papel dirigente del PCE en la futura revolución.⁸

⁷ R. CRUZ (1987), pp. 186-187; S. JULIÁ (1979), pp. 173-181, reproduce textos de parte de este intercambio de propuestas y contrapropuestas.

⁸ S. JULIÁ (1979), pp. 183-187.



Reivindicar Octubre, superar Octubre

Tras la insurrección de octubre de 1934, las propuestas unitarias del PCE fueron modificándose al compás de lo que sucedía en España y de los avatares del movimiento comunista internacional. Con respecto a los sucesos de Asturias, la actitud del PCE era doble: por un lado, reivindica su papel y su responsabilidad en los mismos (incluso intenta capitalizarlos en su favor) y contribuye decisivamente a la creación del mito heroico revolucionario; por otro lado, más o menos veladamente, los desecha como propuesta práctica de inmediato futuro. La derrota asturiana, según se ha señalado, venía a ilustrar la insuficiencia de una respuesta puramente proletaria al fascismo, reforzando las tesis de Thorez y la «vía francesa», apoyadas pronto por la Internacional y, en particular, por algunos de sus principales dirigentes (Dimitrov, Togliatti).⁹

Con los sucesos todavía calientes, el PCE proponía al PSOE revitalizar las alianzas obreras e intensificar la unidad de acción, pero la actitud socialista apenas permitió crear una modesta «comisión de enlace». El PCE desarrolló además un intenso activismo en el impulso de la solidaridad con los presos y perseguidos, elemento fundamental del «tejido civil frentepopulista» que va configurándose y que fomenta aproximaciones interpartidarias no solo en las organizaciones obreras, sino también republicanas de izquierda. En los primeros meses de 1935, la retórica revolucionaria exaltadora de Octubre y las propuestas de convergencia anteriores parecen predominar. Pero pronto emergerá el cambio de perspectiva que conduce, no siempre sin meandros y vacilaciones, hacia una propuesta frentepopulista más neta.¹⁰

La primera formulación explícita en ese sentido del PCE, precedida de algunos contactos internacionales, data del discurso de José Díaz ante una multitud de 10.000 personas en el Monumental Cinema de Madrid, el 2 de junio de 1935. En él, tras evocar el peligro vigente, afirmaba la necesidad de «organizar el bloque popular antifascista, si queremos arrollar a la reacción y al fascismo, si queremos vencer». El llamamiento a lo que denominará «Concentración Popular Antifascista» va dirigido a socialistas, anarquistas, sindicalistas, republicanos de izquierdas y antifascistas en general. Aunque la fuerza dirigente debe ser el proletariado y el amplio bloque ha de «descansar en las alianzas obreras y campesinas», la convocatoria apela también «a los empleados y funcionarios», «a los intelectuales honrados, a los artesanos, a los pequeños industriales y comerciantes» y, en general, «a los que aborrecen el fascismo y su secuela de terror, de miseria y de hambre». Como se trata de una primera propuesta en esa línea, el texto está lleno de guiños al pasado y desemboca en la fórmula

⁹ J. L. MARTÍN RAMOS (2015), p. 98; también F. ERICE (2010), pp. 212-215.

¹⁰ R. CRUZ (1987), pp. 217-230; M. BIZCARRONDO (2004), pp. 229-233.



de un «Gobierno provisional revolucionario» comprometido con un programa básico, para el que el secretario comunista propone cuatro puntos: confiscación a los grandes terrateniente y entrega gratuita de la tierra a los campesinos; «liberación de los pueblos oprimidos por el imperialismo español» (libre decisión para Cataluña, Euskadi y Galicia); mejora de condiciones de vida y trabajo de los obreros; y amnistía y libertad para los presos revolucionarios.¹¹

El VII Congreso

La propuesta de José Díaz, que tuvo escaso eco entre los socialistas, era la primera formulación de un cambio estratégico que no representaba el despliegue gradual de un proyecto previo, sino que fue madurando, modulándose o definiéndose al compás de los cambios dentro y fuera de nuestro país. En todo caso, el espaldarazo oficial lo recibía del VII Congreso de la IC, celebrado en Moscú en julio-agosto, y en el que Dimitrov presentaba su trascendental informe «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo».¹² En él, el dirigente búlgaro alertaba acerca del peligro extremo del fascismo, subrayando que subestimar la sustitución de una forma estatal de dominación de clase como la «democracia burguesa» por otra como el fascismo constituía un «error grave». Pero, además, el fascismo destacaba no solo por la violencia, sino también por ejercer una influencia sobre las masas apelando a sus sentimientos y necesidades (por ejemplo, el «sentimiento nacional herido»), incluso manipulando demagógicamente tradiciones anticapitalistas. Dimitrov acusaba a la socialdemocracia de haber desbrozado el camino al fascismo, pero también aludía a errores de los partidos comunistas y a la negativa separación del proletariado de «sus aliados naturales». Para afrontar el peligro, proponía fortalecer el frente único obrero con la defensa, en los países capitalistas, de las «libertades democrático-burguesas», necesarias para la lucha de los trabajadores. A partir de este frente único, preconizaba la creación de «un extenso frente popular antifascista». Recomendaba también políticas unitarias en lo sindical y entre los jóvenes y mujeres, una cierta flexibilidad ante el tipo de gobierno que podría salir del frente y una intensificación de la lucha ideológica incluso en el terreno del fascismo, reivindicando la historia de cada pueblo y sus tradiciones na-



¹¹ Texto del discurso en J. Díaz (1974), pp. 7-30; A. SÁNCHEZ MORENO (2013), pp. 190-193 constata, a propósito de este mitin, la maduración del comunismo español y de José Díaz como dirigente.

¹² DIMITROV, J. (1935): «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo». *Informe al VII Congreso de la Internacional Comunista*. <https://www.marxists.org/espanol/dimitrov/1935.htm>

cionales; el internacionalismo debía «aclimatarse» en cada país «y echar raíces profundas en el suelo natal». Ni que decir tiene que todo esto requería fortalecer el partido y liquidar sus residuos sectarios, en la línea de un futuro partido político único del proletariado en cada país. Los partidos comunistas debían convertirse en «un factor político en la vida de su país», capaces no solo de llamar a la dictadura proletaria, sino de buscar un «lenguaje común» con las más amplias masas, «partiendo de sus intereses y necesidades candentes y sobre la base de su propia experiencia», evitando el aislamiento de los trabajadores de sus «aliados naturales» en la lucha contra el fascismo y combinando el «heroísmo revolucionario» con el «realismo revolucionario».

El que tan sensatas y razonables observaciones supusieran una convulsión tan grande en el movimiento comunista muestra hasta qué punto la deriva izquierdista y sectaria había hecho mella en él durante una década de derrotas y retrocesos. Con todas sus contradicciones y dificultades, el viraje potencialmente estratégico (no meramente táctico) que suponía la asunción consecuente del antifascismo implicaba asumir el lenguaje de la democracia nacional y emplear la sintaxis de lo que Gramsci llamó lo «nacional-popular»; el socialismo aparecía, así, como culminación —y no como negación— de las tradiciones nacionales progresistas. El antifascismo abría, además, una vía para replantear el problema de la *traducibilidad* de la experiencia rusa a contextos distintos, la posibilidad de explorar caminos diferentes para la transformación social. Cómo transcurrió luego el debate sobre la democracia o la república «de nuevo tipo», o de qué manera los lastres que arrastraba el movimiento comunista influyeron en él, no puede ser objeto de estas líneas; pero de lo que no cabe duda es de que la alianza que se proponía ni era una mera argucia para arrastrar a «compañeros de viaje» incautos ni en modo alguno implicaba —como erróneamente plantearon sus enemigos izquierdistas— supeditación del movimiento obrero a las «clases medias», sino que, por el contrario, subrayaba la hegemonía y la iniciativa política de las clases trabajadoras.¹⁵

«El Frente Popular, como lo llama la gente»

La recepción por el PCE del VII Congreso fue, como cabía esperar, aprobatoria e incluso entusiasta, pero no siempre consciente de las implicaciones latentes en la nueva línea. La intervención fundamental en el VII Congreso en nombre de la delegación española, que protagonizó Jesús Hernández, saludaba «lo nuevo» del informe de Dimitrov («una perspectiva amplia, justa y bolche-

¹⁵ F. ERICE (2019), pp. 166-167; G. ELEY (2003), pp. 267-268; S. PONS (2012), pp. 105-106; J. L. MARTÍN RAMOS (2015), p. 44.



vique»), pero mantenía las viejas consignas (concluía con un «viva la Revolución obrera y campesina de España!»).¹⁴

Desde septiembre, la idea de la «concentración» o «bloque» popular comenzó a ser difundida por los comunistas sin que fuera aceptada, como tal, ni por socialistas ni por republicanos. Ello no impidió que el PCE se empeñara en convencer a los seguidores de Largo Caballero o que recomendara a sus militantes asistir a los multitudinarios «discursos de campo abierto» de Azaña, llenando de puños cerrados espacios que el dirigente republicano prefería ver plagados, según su confesión, de pañuelos blancos. El proyecto unitario comunista se entremezcló con la dinámica preelectoral de quienes querían limitarse a recomponer la alianza reformista de 1931 sin lograr de momento reorientarla radicalmente, pero condicionándola de manera inevitable. Porque la posición del PCE, minoritaria pero de calado *hegemónico*, sintonizaba de manera especial con el vasto sentimiento unitario popular; con la sensibilidad antirrepresiva de la lucha por la amnistía, que arrastraba conciencias y votos; y, en términos más generales, con un amplio deseo de cambio, ese «sueño de una nueva sociedad» que, como ya señalara hace décadas el historiador Santos Juliá, contenían también «las boletas electorales». ¹⁵ La misma alianza electoral en la que cristaliza el pacto era (Martín Ramos) «una coalición nueva para una situación nueva». Para las masas populares era más que una coalición, y ellas mismas fueron las que acabaron por consagrar el nombre por el que se la conoció, tal como asumía, resignado, el mismo Azaña en vísperas de los comicios: «El Frente Popular como lo llama la gente, o coalición de izquierdas, como quiera llamársele...».

Las instrucciones del PCE, desde septiembre, insisten en el desarrollo simultáneo de alianzas obreras y de bloques populares, y abogan por la unidad sindical, juvenil e incluso de los partidos obreros. Así, la estrategia frente-populista se va abriendo paso, desprendiéndose o dejando en segundo plano las viejas consignas. El 3 de noviembre, en el cine Pardiñas, de Madrid, José Díaz clarificaba lo que, a su juicio, significaba el VII Congreso.¹⁶ Sin renunciar a sus objetivos finales, el Partido Comunista se proponía ahora ayudar a aglutinar «todas las capas verdaderamente populares, cuyos intereses económicos y espirituales se ven amenazados por la dominación del monstruo fascista». Díaz se dirigía «a todos los hombres libres», «obreros todos, campesinos, empleados, intelectuales, médicos, escritores, hombres de ciencia, hombres progresivos». No se trataba de «volver al bloque del 14 de abril, para luego desembarcar en noviembre del 33»: ahora había que destruir la base material y política del

¹⁴ Intervención reproducida en *Nuestra Historia*, n.º 1, 2016, pp. 145-158.

¹⁵ S. JULIÁ (1979); M. TUÑÓN DE LARA (2004b).

¹⁶ J. DÍAZ (1974), pp. 31-58.



fascismo «y abrir ancho cauce a un régimen democrático, en la senda hacia el poder obrero y campesino».

En pronunciamientos posteriores, incluso los eslóganes con resonancia de las viejas tácticas van diluyéndose o desapareciendo. En otro de sus espléndidos discursos frente-populistas, el 9 de febrero de 1936,¹⁷ Díaz presentaba al Bloque Popular como algo más que el fruto de una coyuntura electoral, pues lo que se jugaba era «un episodio entablado entre las fuerzas del pasado y las del porvenir», y asumía, frente a la derecha, la bandera del patriotismo, reivindicando la tradición republicana y progresista frente a la España inquisitorial. Sin renunciar al socialismo, los comunistas se comprometían a luchar por la democracia contra la reacción y el fascismo hasta concluir la «revolución democrático-burguesa», siempre asumiendo los compromisos con el programa mínimo acordado.

El proceso abierto con la victoria electoral frente-populista inauguraba una etapa justamente identificada con un «completo y coherente» proyecto de «democracia de masas», pese a sus muchas contradicciones, que terminó siendo interferido por la sublevación militar y finalmente abortado con la derrota de la república. Gracias a su nueva orientación, el PCE incorporaba a su política de clase una parte importante de la tradición republicana y democrático-popular. En solo cinco años, el PCE pasó de ser una secta ultraizquierdista que difundía un mensaje *solipsista* en un lenguaje casi encriptado a convertirse en la columna vertebral de la resistencia democrática contra el fascismo y la reacción, a lo largo de casi tres años, y en vector fundamental de una «revolución popular» en ciernes que la reacción militar vino a aplastar.¹⁸ ★



Bibliografía

- CRUZ, Rafael (1984): «La organización del PCE (1920-1934)», en *Estudios de Historia Social*, n.º 31, pp. 223-312.
- (1987): *El Partido Comunista de España en la II República*. Madrid, Alianza.
- DÍAZ, José (1974): *Tres años de lucha. Por el Frente Popular, por la libertad, por la independencia de España*. Bucarest, Colección Ebro.
- ELEY, Geoff (2003): *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda europea, 1850-2000*. Barcelona, Crítica.
- ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta (1999): *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1931-1939*. Barcelona, Planeta.
- ERICE, Francisco (2010): «El Octubre asturiano: entre el mito y la interpretación histórica», en A. ANDREASSI y J. L. MARTÍN RAMOS (coords.), *De un Octubre a otro. Revolución y fascismo en el período de entreguerras, 1917-1934*. Barcelona, El Viejo Topo, pp. 199-250.

¹⁷ J. Díaz (1974), pp. 64-79.

¹⁸ El mejor planteamiento de estas tesis es el de J. L. Martín Ramos (2015).



- ERICE, Francisco (2017): «El impacto de la Revolución rusa en el movimiento obrero español: el surgimiento del PCE», en J. ANDRADE y F. HERNÁNDEZ (eds.), 1917. *La Revolución rusa cien años después*. Madrid, Akal, pp. 331-356.
- (2019): «Alianzas y políticas unitarias en el PCE: algunas enseñanzas de la historia», en *Nuestra Bandera*, n.º 243, pp. 165-173.
- ESTRUCH, Joan (1978): *Historia del P.C.E. (1920-1939)*. Barcelona, El Viejo Topo, t. I.
- FALCÓN, Irene (1996): *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*. Madrid, Temas de Hoy.
- GÓMEZ, Mayte (2005): *El largo viaje: Política y cultura en la evolución del Partido Comunista de España, 1920-1939*. Madrid, Ediciones de la Torre.
- HÁJEK, Milos (1984): *Historia de la Tercera Internacional. La política de frente único (1921-1935)*. Barcelona, Grijalbo.
- HERNÁNDEZ SÁNCHEZ, Fernando (2010): *Guerra o revolución. El Partido Comunista de España en la Guerra Civil*. Barcelona, Crítica.
- HOBBSAWM, Eric (1995): «Cincuenta años de frentes populares», en *Política para una izquierda racional*, Barcelona, Crítica, pp. 61-85.
- JULIÁ, Santos (1979): *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*. Madrid, Siglo XXI de España.
- MARTÍN RAMOS, José Luis (2015): *El Frente Popular. Victoria y derrota de la democracia en España*. Barcelona, Pasado & Presente.
- (2019): «Del fin del ciclo de Octubre al Frente Popular», en J. ANDRADE y F. HERNÁNDEZ SÁNCHEZ (eds.), 1917. *La Revolución rusa cien años después*. Madrid, Akal, pp. 359-390.
- PONS, Silvio (2012): *La rivoluzione globale. Storia del comunismo internazionale 1917-1991*. Torino, Giulio Einaudi.
- SÁNCHEZ MORENO, Alejandro (2013): *José Díaz, una vida en lucha*. S/I, Almuzara.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1985): *Tres claves de la Segunda República*. Madrid, Alianza.
- (2004a): «De la dictadura de Primo de Rivera al Congreso de Sevilla», en *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM, pp. 175-204.
- (2004b): «El Bloque Popular Antifascista», en *Contribuciones a la historia del PCE*, Madrid, FIM, pp. 253-270.